

# **Una gramática urbana, política e histórica: monumentos, iconoclasia y protesta social en América Latina**

AN URBAN, POLITICAL, AND HISTORICAL GRAMMAR: MONUMENTS,  
ICONOCLASM, AND SOCIAL PROTEST IN LATIN AMERICA

*Atacar las estatuas. Vandalismo y protesta social en América Latina*

Sebastián Vargas

Bogotá, Fundación Publicaciones la Sorda, 2021, 158 páginas

*Atacar las estatuas. Vandalismo y protesta social en América Latina*, de Sebastián Vargas, nos invita a reflexionar sobre el fenómeno reciente del derribamiento de estatuas desde una perspectiva histórica. Su autor, especialista en historia y en estudios culturales, se vale de la contingencia política global para analizar un fenómeno que nos presenta desde el largo aliento de los conflictos políticos y culturales de la representación y la dominación. El libro parte con una exposición minuciosa sobre el sentido de los monumentos, la iconoclasia y el vandalismo, presentando una discusión que se remonta a la Antigua Roma, la historia del arte y la Revolución francesa para desembocar en la relevancia del derribamiento de monumentos en tres países latinoamericanos que han sido sacudidos por movimientos sociales recientemente: México, Colombia y Chile.

Los argumentos desarrollados por el libro llevan a recordar el cuento de Augusto Monterroso titulado “La oveja negra”, el que relata que, en un lejano país, ante la presencia de una oveja negra, la población decidió fusilarla. Sin embargo, con el tiempo, los mismos habitantes arrepentidos deciden erigir una estatua en homenaje de la oveja asesinada. Aun así, la práctica de los fusilamientos continúa ante la presencia esquiva de las ovejas negras, aunque con la finalidad de erigir homenajes. De este modo, el narrador culmina la fábula justificando las ejecuciones, para que “las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura” (Monterroso 12). El cuento de las ovejas comunes y corrientes y sus pares negras nos enfrenta a una de las aristas de *Atacar las estatuas*: los problemas con la monumentalidad, la historicidad y las identidades que se movilizan en nuestras ciudades como signos expresivos del espacio, la historia y las relaciones de poder.

En una de sus advertencias preliminares, Vargas nos indica con lucidez que “[la] problematización del patrimonio pretende contribuir a revelar su carácter de construcción histórica y culturalmente situada, que no es inmutable y universal; que la noción de patrimonio establecida no es la única posible o deseada” (38). Los monumentos algo natural, como argumenta Vargas. Y por eso analiza cómo aquellos que no están representados por los monumentos contestan ante su invisibilidad histórica y urbana. En este caso, se invierte la narración de Monterroso, puesto que son los excluidos quienes se erigen como impugnadores de los desfiles de próceres y conquistadores en los plintos de estos tres países latinoamericanos.

Vargas nos ofrece una lectura interdisciplinaria, afincada principalmente en la historia, pero que construye también su mirada desde el arte, la semiótica y la sociología de la cultura para analizar un fenómeno vigente, aunque no reciente, relacionado con la intervención, el ataque o el derrumbe de monumentos. Este libro, además, sirve como un insumo para adentrarse en aquello que la crítica denomina como “nuevos materialismos”, aquellas investigaciones que nos invitan a reflexionar sobre cómo es datable y pesquizable nuestro contacto con

las posibilidades expresivas de la materia –como el peso del bronce o la blancura del mármol–, que nos ofrecen un régimen de expresión específico y refieren también a un régimen de lo histórico.

*Atacar las estatuas* está inscrito en una investigación más general titulada: *Monumentos e historicidad. Hacia una historia cultural de los monumentos colombianos*. La presente publicación tiene tres capítulos: “Monumentos, vandalismo e iconoclasia”, “Tres casos de estudio” –donde el autor abarca esta problemática en México, Chile y Colombia–, y, por último, “Convergencias, peligros y alternativas” –en este apartado destacamos la sección titulada “Intervenciones desde la historia pública y el arte: alternativas”–. Vargas nos invita a la lectura con una pregunta sobre las intervenciones en el patrimonio y, en particular, en los monumentos que han sido intervenidos masivamente en años recientes producto de la irrupción de movimientos sociales masivos: los movimientos feministas, el movimiento *Black Lives Matter*, el paro en Colombia y la revuelta del octubre chileno de 2019. En el caso mexicano, se analizan la intervención del colectivo “Ni una menos” al monumento de la Independencia –también conocido como “El ángel”–, en Ciudad de México. Respecto de Colombia, en el contexto del paro en el último año del gobierno de Iván Duque, el libro analiza el derribamiento del monumento al conquistador Belalcázar por los indios Misak. Y, en el caso chileno, el trabajo analiza las diversas intervenciones a monumentos durante la revuelta social de octubre, donde se enfatiza en los ataques a las estatuas de conquistadores, como la de Pedro de Valdivia, conquistador de la República sudamericana.

Podríamos decir que este libro muestra cómo multitudes de diversos colores y filiaciones salieron con fuerza a expresar su descontento ante su invisibilidad y a denunciar las relaciones de poder preservadas por monumentos que resguardaban un *statu quo* desfavorable para ellas. Ante esta objeción masiva y transversal, es sugerente el tratamiento reflexivo de Vargas, que para estos casos señala como necesaria una “perspectiva crítica del patrimonio desde América latina”, agregando que este punto de vista “tendría que contemplar cómo el patrimonio

se ha convertido en un asunto central con implicaciones políticas tanto para el Estado y los organismos supraestatales como para las bases o actores periféricos” (40). De hecho, este libro sitúa los monumentos en un campo en disputa, pues estos dispositivos de la memoria nacional, erguidos en espacios públicos, están cruzados por cinco elementos constitutivos: “su relación con la identidad y la memoria; su carácter de obra o construcción; su relación con la espacialidad; su relación con el poder y, por último, su contingencia histórica e historicidad” (19). En esa lectura multinivel, vemos que las estatuas son leídas por capas y están cruzadas por vectores que apuntan a distintas direcciones. No solamente hay líneas de fuerza relacionadas con la representación, sino que la memoria, la política y el espacio son los nudos críticos amarrados en esta problemática que el autor sitúa en términos del enfrentamiento entre la monumentalidad y la iconoclasia.

Lo principal en este texto es la lectura crítica de los monumentos. Su mirada no se conforma a la del poder ni es condescendiente entre la relación entre patrimonio, memoria y Estado. Por el contrario, este libro nos recuerda que “el monumento es selectivo” (22) y que su “significado cambia con el tiempo” (23). El monumento es una espacialización de la memoria, una expresión de las formas del poder que se expresan por medio de la materia, la textura y el espacio con distintos fines, uno de los cuales consiste en remarcar y promover una identidad colectiva. El monumento es una manera de otorgarle legitimidad a ese constructo que denominamos “identidad” que, para estos casos, es la identidad nacional.

*Atacar las estatuas* no busca una lectura, por decirlo de algún modo, fenomenológica, sino que lleva inscrita una perspectiva crítica sobre la irrupción de esa oleada de intervenciones del patrimonio en un contexto muy conflictivo sobre los usos de la memoria y la identidad. Lo que se pregunta es clave pues, mientras del lado de los monumentos hay una claridad sobre su edificación y los discursos que los erigen, del otro lado no conocemos con certeza las lenguas excluidas. Puede que conozcamos sus posiciones y deseos, pero no

tenemos un decálogo de sus intenciones. Por ende, Vergara nos propone historizar “el acto de vandalismo/iconoclasia teniendo en cuenta su contexto, sus motivaciones, sus dimensiones políticas, estéticas y subjetivas, los actores sociales implicados, los discursos y prácticas que le dan sentido” (43). El autor tiene el objetivo de adentrarse en las motivaciones y lenguajes alojados en esos actos de rebeldía frente a la monumentalidad. Por ello, insiste en que estas piezas están situadas en un contexto y que cambian, dialogan y son decodificadas por los integrantes de su sociedad en un proceso complejo que puede pasar de la aceptación a la intervención y el derribamiento.

Por otra parte, el autor nos advierte: “en el corazón del concepto de vandalismo se encuentra una lectura dicotómica entre civilización y barbarie, destrucción y creación, polis y salvajismo” (28). Los monumentos han erigido una lectura hegemónica de cuáles son las relaciones de poder correctas y las formas de su enunciación, mientras que los excluidos no han tenido el tiempo ni el espacio para ejercitar su memoria en el espacio público. Forzando el texto de Monterroso, se puede afirmar que la versión hegemónica neocolonial se opone a la libertad expresiva de las poblaciones marginadas. La civilización, la técnica, el saber y el poder están del lado del polo no marcado de la historia, aquel polo universal –el blanco– cuya huella es difícil de detectar por su pretensión de transparencia. Por eso Vargas nos dice, en el capítulo dedicado a México, que las intervenciones de las mujeres se deben documentar, pesquisar y registrar: “Las pintas deben ser documentadas minuciosamente por profesionales con el objeto de enfatizar y mantener viva la memoria colectiva sobre este acontecimiento y sus causas” (57). En este paso del monumento a su intervención se desprende otro contacto con la memoria y el tiempo histórico. El acontecimiento, del cual han hablado Badiou y Žižek, debe ser abordado con las técnicas de la historia: el registro, interpretación y análisis. El historiador/a busca comprender las motivaciones y deseos detrás de la irrupción contestataria de los rebaños iconoclastas que reclaman una representación.

Por ejemplo, en el caso chileno, el derribamiento de estatuas, sobre todo en el sur de Chile, en el país mapuche, implicó un develamiento de una memoria subalterna, la emergencia de una corriente de significados y problemas que antes no habían sido exhibidos públicamente de este modo. Acá, a partir de lo que ocurre en el sur del Pacífico, *Atacar las estatuas* nos dice lo siguiente: “Para los integrantes de diferentes comunidades indígenas [esto] posibilitó la irrupción de memorias silenciadas, la denuncia de la marginación y la violencia a las que se les ha sometido sistemáticamente desde la conquista hasta el siglo XXI” (79). En paralelo con lo que ocurre en Chile, el texto analiza lo sucedido en Colombia, donde el pueblo misak, en Popayán, decide derribar un monumento de Sebastián de Belalcázar. Esta acción fue producto de una sentencia ejecutada como resultado de un juicio que determinaba al conquistador culpable de los siguientes crímenes: “los delitos de genocidio, despojo y acaparamiento de tierras; desaparición física y cultural de los pueblos de la Confederación Pubenence; tortura por medio de técnicas de empalamiento y ataque con perros” (87). Esta acción de los Misak, en conjunto con otros pueblos indígenas en rebeldía, denuncia una doble exclusión en el régimen histórico que los gobierna, pues hay una doble hebra que explica el derribamiento de esta estatua ecuestre: “i) El pasado de la conquista y el régimen colonial, momentos en los que fueron despojados de sus tierras, asesinados y marginalizados, y ii) el presente en donde continúan siendo víctimas de la discriminación racial” (*ibid.*). A los ojos de Vargas, estas acciones tienen un contenido político de reparación, son un reclamo, no solo latinoamericano sino global, presente en las consecuencias del imperialismo, el sexismo, el colonialismo interno y otras formas de dominación.

Sin embargo, este libro recomienda que estas acciones de iconoclasia se deben llevar a cabo con cautela. Puede pasar que con la promoción de las memorias excluidas se proponga una neutralización de la historicidad que las determinó y las llevó al momento presente, donde el borramiento de esa monumentalidad elude los problemas de las fuerzas asimétricas de poder que han construido nuestras sociedades:

“La destrucción de objetos y obras monumentales del pasado no sólo erradica su materialidad en tanto monumento, sino también nos priva de su condición de documento del pasado” (116). Por ende, el aplanamiento y el borramiento no necesariamente resuelven los conflictos, ya que los pueden llevar a la desmemoria o el olvido. En cambio, este texto propone que quizás “sea prudente o estratégico pensar en posibles alternativas a la destrucción de monumentos que pongan el énfasis en su contextualización, crítica, resignificación e intervención” (117). En ese sentido, el registro de estas acciones y su análisis por parte de esta perspectiva interdisciplinaria –que pasa por la historia, la semiótica y la sociología de la cultura y, por qué no decirlo, por la literatura– nos permite organizar estos significados e incluirlos en una versión plural de cómo la sociedad se relaciona con su pasado, la memoria y la identidad. Este ejercicio reflexivo pone en primera línea a los profesionales de las artes, las humanidades y las ciencias sociales para promover una solución, en una dimensión simbólica y cultural, a las heridas de nuestras sociedades contemporáneas. Aunque quizá no sea posible suturar este desgarró, estas herramientas interpretativas nos permiten encontrar una salida a estos problemas que sitúan al patrimonio social en un conflicto del orden de la política, la memoria y la identidad.

La mirada especialista e interdisciplinaria que este ensayo ofrece, basada en un punto de vista complejo sobre estos fenómenos sociales, no descalifica la intervención de los monumentos ni tampoco es complaciente con estas acciones colectivas. Es más, este libro sitúa estos problemas en una órbita mayor, donde destaca el régimen de historicidad de la sociedad, el arte y las intervenciones como propuestas críticas y los monumentos performativos.

Este libro es una apuesta por la cohesión social articulada desde las artes y las humanidades como gestores activos del presente y la esfera pública. Su reflexión interdisciplinaria sobre los monumentos –inscritos en una gramática urbana, política e histórica– apela a la profundización de la relación entre democracia, historia y territorio. La conjunción entre Estado y democracia –que se desprende de la

lectura de Vargas– permite redescubrir un horizonte plural de la representación, articulado en una diversidad de posiciones donde borrar el monumento del pasado no es una opción para tener una convivencia social positiva en el presente y el futuro.

NICOLÁS ROMÁN

Universidad Andrés Bello, Santiago, Chile

<https://orcid.org/0000-0001-9331-1163>

[nicolas.roman@unab.cl](mailto:nicolas.roman@unab.cl)

#### BIBLIOGRAFÍA

MONTERROSO, AUGUSTO. “La oveja negra”. *Cuentos*. Selección y notas de Noé Jitrik. Ciudad de México, UNAM, 2018.

VARGAS, SEBASTIÁN. *Atacar las estatuas. Vandalismo y protesta social en América Latina*. Bogotá, Fundación Publicaciones la Sorda, 2021.